

La sociedad tecnocrática

por JUAN ALDEBARAN

El largo debate sobre el impacto que la técnica ha realizado sobre nuestra civilización se prosigue y no alcanza a dar explicaciones satisfactorias. No las puede dar. No las hay. Probablemente el mayor impacto de las técnicas sobre nuestra civilización consiste en haber borrado la posibilidad de responder o de explicar con términos sencillos a algunas de las interrogantes clásicas acerca de la situación del hombre en el mundo.

Han introducido la noción de relatividad en todos los valores, la idea de que lo que es válido en este instante puede dejar de serlo en el siguiente. El aspecto positivo de este fenómeno consiste en la introducción del libre análisis, de la discusión, como elemento de progreso.

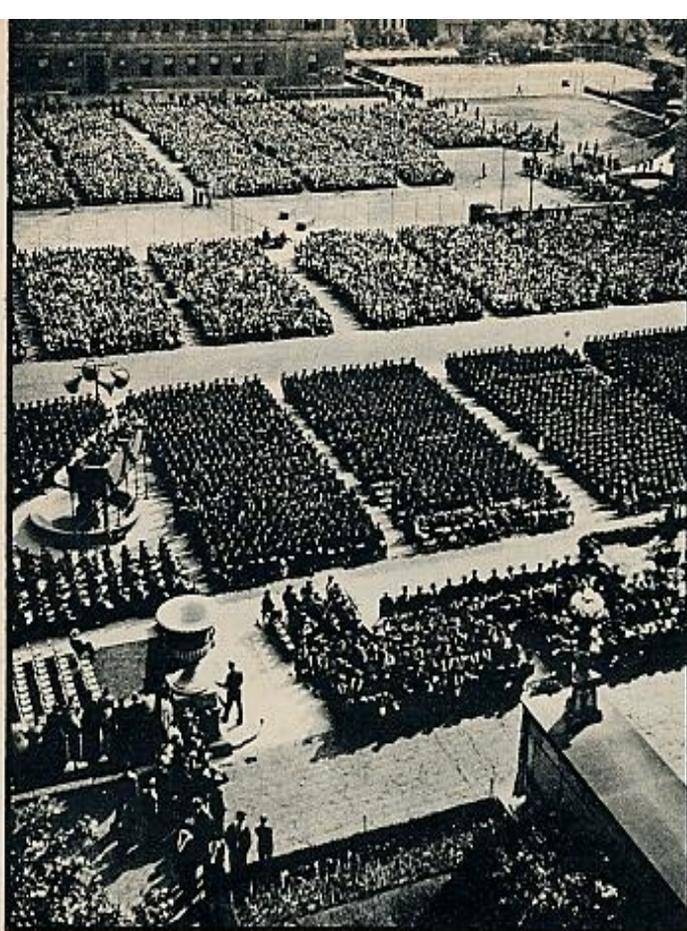
El aspecto negativo, o el precio que hay que pagar, es la introducción de la angustia producida por la carencia de puntos fijos o de hipótesis de trabajo. Hay quien estima, como Sergio Moscovici («Essai sur l'histoire humaine de la nature», Flammarion, París, 1968), que se trata del final de nuestra civilización, pero lo entiende en un sentido positivo, que es el de la sustitución de «civilización» por «cultura». La civilización, en nuestras sociedades, sería un proceso de acumulación interna, un movimiento centripeto arrancado de la antigüedad, que habría producido la concentración de poder y de riqueza en unos grupos centrales interiores rodeados de una periferia desposeída, y ello habría engendrado los fenómenos de lucha de clases. La introducción de la ciencia y de la técnica en esa vieja esfera milenaria habría sustituido civilización por cultura. Es decir, la forma fija, el modelo antiguo, perecería o estaría en trance de perecer para dejar paso a una correlación de modelos culturales variables continuamente revisados a medida que se profundizan los conocimientos, por la ciencia y la técnica, de los modelos que Moscovici llama «naturales».

Crecimiento del individualismo

Un informe de la Universidad de Harvard sobre «Tecnología y sociedad» llega casi al mismo tiempo a una cierta respuesta paralela, que consiste en entender que la introducción de las técnicas ha fomentado el individualismo, en lugar de anularlo como se temía. «Por lo que ahora sabemos, ningún trabajador de fábrica del siglo XVIII pudo tener el sentido de los valores individuales que exigen de la sociedad actual los residentes medios de los "ghettos" negros de hoy», dice el informe de este año del programa de Harvard. Su director, Emmanuel G. Mesthebe, añade: «Esta es, probablemente, la primera edad de la historia en la que tan elevadas proporciones de personas se sienten individuos».

Colectivismo y democracia

No deja de ser paradójico que esta individuación que en el último medio siglo se consideraba como un arma de las sociedades de democracia capitalista frente a las colectivizaciones masivas de los regímenes marxistas se haya convertido en estos tiempos en una amenaza para las mismas sociedades que la fomentaron. El enfrentamiento de tipo político, como todo aquello que se tiñe de política actuante, se hacía en blanco y negro, sin matices. La respuesta al crecimiento demográfico pudo hacerse por días, vías principales de canalización política, que en este blanco-negro se definían como de una responsabilidad individual, dentro de las democracias, por medio de la organización electoral y la libre información, o como una responsabilidad colectiva en los países de «dictadura del proletariado». La experiencia ha venido a demostrar que ni las democracias permitían la individuación hasta los extremos pro-



El desarrollo conjugará autoridad y responsabilidad haciendo que el autogobierno sea, por primera vez, técnicamente posible...

metidos ni los colectivismos los ahogaban en los términos denunciados.

La élite tecnocrática

Otro sociólogo, Shils, de las Universidades de Chicago y de Cambridge, teme que esta fuerza de individuación convertida al ciudadano en «agresivo» al exigir cada vez más a los círculos centrales del poder, precisamente en un momento en que éstos, por el impacto de la tecnología, se encuentran una racha de pérdida de confianza en sí mismos. Esta idea de que las tecnologías han favorecido al individuo en detrimento de los poderes establecidos emitida en conjunto por el grupo de Harvard está en contradicción absoluta con todo lo adelantado hasta ahora por la mayoría de los sociólogos, y esta contradicción es un ejemplo de la disparidad de teorías que se presentan como opciones al hombre de hoy.

Una escuela mantiene que la tecnología conduce a la tecnocracia y que la tecnocracia favorece a los poderes centrales por la creación de una especie de fascismo: el imperio de una clase, el ejercicio del gobierno por medio de recursos cientí-

cos, la especialización del trabajo, el fin del humanismo. La otra escuela que se expresa por el programa de Harvard entiende lo contrario. Mesthebe describe así el dilema: «Si aceptamos la solución tecnocrática, ejercida a través de una "élite", nos encontraremos de lleno en una sociedad tecnocrática. Pero si elegimos el camino de quienes exigen la participación total nos encontraremos con el caos. La cuestión está en saber cómo aprovechar nuestros conocimientos para dirigir una sociedad compleja y grande sin abandonar los valores de participación. La respuesta que estamos buscando es la de un tercer camino. No la hemos encontrado aún».

Más allá de la sociedad industrial

Ciertamente, estos estudios y estos análisis se refieren primordialmente a la sociedad de los Estados Unidos, es decir, a una sociedad única —en el sentido de incomparable con otras, aunque no en el sentido de única— en la que las prolongaciones técnicas de las fuerzas físicas y mentales del hombre alcanzan una especie de paroxismo.

Vd. tiene cabello...!



...que

PETROLE HAHN se lo conserve!



PETROLE HAHN evita la caída del cabello y elimina la caspa. Su cabello siempre joven, limpio y... perfumado con su agradable olor fresco.

CONSULTE A SU PELUQUERO

La sociedad tecnológica

En otras sociedades, impacto y respuesta son distintos. El peligro de estas otras sociedades es que están americanizadas, directa o indirectamente, voluntaria o involuntariamente, por el poderoso esfuerzo de irradiación de los Estados Unidos, y en muchos casos aceptan análisis y exámenes sociológicos como aplicables a sí mismos. Otro sociólogo americano, Zbigniew Brzezinski —que ha sido director del Instituto de Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia, lo que en el «argot» del día se llama un «kremlinólogo»—, señala, específicamente, el carácter genuinamente de Estados Unidos de este fenómeno que él llama «sociedad tecnológica», posterior a la sociedad industrial, que «está separando América del resto del mundo, creando una mayor fragmentación en una humanidad ya bastante diferenciada» («A Technetronic Society», artículo en el «Herald Tribune», 7 de enero) y atribuye también a esta sociedad «tecnológica» la culpa del profundo malestar. «La transición a la nueva era no es fácil. Los cambios producen tensiones desde el momento en que la extrema novedad de nuestra experiencia contemporánea es contraria a las soluciones preestablecidas y a los programas. Como consecuencia, la sociedad americana está perturbada y algunas partes de ella, incluso, atormentadas». «En la esfera política, el torrente de la información y de las más eficientes técnicas de coordinación instantánea no debe conducir necesariamente a facilitar una mayor contracción de poder bajo el control de una lejana agencia distantemente situada en el vértice superior del gobierno. Por el contrario, este desarrollo también hace posible un mayor regreso de la autoridad y la responsabilidad a los niveles más bajos del gobierno y la sociedad, haciendo que el autogobierno sea por primera vez técnicamente posible».

Un tiempo inseguro

¿Cuál es el valor de todas estas tesis? Naturalmente, relativo y circunstancial. Lo propio de quienes meditan sobre los problemas actuales es tratar de encontrar relaciones entre hechos emergentes. Uno de ellos es la exigencia cada vez mayor

del individuo —en sociedades desarrolladas y subdesarrolladas— a ser «el mismo», no sólo en cuanto a problemas de su propia materialidad —alimentarse—, sino con respecto a problemas generales de situación del hombre en la naturaleza y en el mundo —polución de las aguas, riesgo atómico, equilibrios económicos—, y a la de su propia dignidad —situaciones de dependencia, participación, acceso a la enseñanza—. Otro es la perplejidad de los grupos de poder con respecto a sus propios dogmas, la nueva plasticidad que han de tener para salir de los puntos fijos y adaptarse a las necesidades nuevas. Un tercer hecho emergente es el de lo que podríamos llamar con el neologismo citado «tecnológica», que modifica continuamente el medio natural del hombre y crea un diálogo de exigencias y respuestas (modificación del medio —acción de ese medio modificado sobre el hombre—, nueva acción de respuesta del hombre sobre el medio nuevo...) a una velocidad creciente. Las relaciones de estos factores entre sí están muy lejos de estar esclarecidas. Estamos muy lejos, en realidad, de poder discernir si hay otros factores hasta ahora desconocidos o desdenados que tengan influencias mayores, y ni siquiera sabemos cuáles de los medios técnicos son los que modifican el medio de una manera significativa, cuáles son los que debemos acentuar o los que debemos suprimir para una mejora general de la situación. Per ejemplo, hasta ahora mismo se entendía que el medio mejor para ayudar a la elevación del nivel de vida de los países menos desarrollados consistía en facilitar su industrialización, de forma que fueran capaces de transformar por sí mismos sus materias primas.

Hoy, una importante escuela economista cree que todo ello ha sido un esfuerzo perdido, y que en realidad debe acentuarse el esfuerzo sobre la modernización de la agricultura, que hoy beneficia de nuevas técnicas, y dejar la industrialización para más adelante. ¿Hasta qué punto es válido este sistema? ¿Hasta qué punto son válidos todos los sistemas de todas las aplicaciones del esfuerzo humano? Lo son y no lo son, al mismo tiempo. Valen hasta nueva orden. Esta inseguridad, esta duda, hace poderosamente fascinante y al mismo tiempo terriblemente angustioso nuestro tiempo. Pero no tenemos otro. ■ J. A.